

Viviré para ti



BEATRIZ ESPEJO

*Para mis padres,
para Antonio Ávila*

Como una revelación que calaba los huesos y se imprimía en su yo más íntimo, apenas la vio recortada en el aire transparente supo que aquella era la mujer de su vida. Ni alta ni baja, caminaba con dos piernas perfectas cuyos muslos se marcaban a cada paso bajo el vestido azul marino adornado con un cuello de piqué. La melena brillante se movía de un lado a otro. La acompañaba una prima suya más o menos de su misma edad. Una muchacha frágil de tez inmaculada que parecía reírse con facilidad. Él sólo tuvo ojos hechizados para la primera silueta ondulante que descubrió, perfilada en la distancia, revestida por haces luminosos en una especie de aura, como si un dios benéfico hubiera dispuesto que en ese caluroso crepúsculo de marzo cruzara la Plaza de Armas amparándose con el follaje de los almendros, del sol que aún no llevaba su corcel de rayos hacia el océano. Dejaba su sombra huidiza sobre el mosaico dominó del piso. Iba hacia la calle Independencia y simulaba atender una conversación monosilábica. En cambio atendía, con disimulada satisfacción, los comentarios y miradas admirativas que despertaba entre los parroquianos de ambos portales, sentados ante las mesitas de mármol para beberse despacio, dejando que el tiempo corriera, el café obligado después de la siesta.

Sin importarle que se calentara la cerveza que le acababan de servir, él la siguió calle arriba con la vista, convencido de que había hallado su destino. Y esa premonición debió salirle a la cara porque el mesero que con un trapo limpiaba las cubiertas de las mesas desocupadas y recogía los

servicios haciendo más ruido del necesario, dejó caer esa apabullante franqueza de los porteños, rayana en desfachatez o en impertinencia:

—Se llama Leticia Rosas del Castillo; pero esa niña no se casa contigo, chico, ya tiene unos veintitrés años y todavía espera un príncipe de cuento con su manto rojo. Te lo aseguro yo que llevo trabajando siglos en el Hotel Diligencias y la veo diariamente desde que regresó a Veracruz. ¿Por qué no te fijas en la rubia? Todos saben que es un pan recién horneado con una dulzura que vale oro fino.

A él no le preocupaban las opiniones ajenas. Esperó dos horas sentado en el mismo lugar soportando el zangoloteo de los tranvías que paraban en la esquina, perdonando las impertinencias del mesero que cada diez minutos le preguntaba si quería algo más, desoyendo la cháchara incesante producida por individuos que al parecer sólo hablaban a gritos, hasta que el reloj del Palacio Municipal dio las siete, se prendieron los focos señalando el principio de alguna función espectacular, y el corazón de la ciudad comenzó a latir con animación para dar principio a la serenata del quiosco. Por los cuatro puntos cardinales llegaron personas dispuestas a oírla. La mayor parte se conocía de tiempo atrás. Las mujeres se saludaban platicadoras; luego, cumplían un ritual, una costumbre. Ensartaban sus brazos en forma de cadena y se distribuían en grupos de tres o cuatro, para rodear los arriates hacia la derecha, en tanto los hombres caminaban hacia la izquierda. Se trataba de encontrarse frente a frente en cada vuelta. Algunos gesticulaban; otros soltaban la risa al escuchar una broma muy graciosa, o sólo porque estaban contentos. Y el juego continuaba como un tiovivo, como caballitos de feria. Era una costumbre institui-

da martes y jueves por sus padres y sus abuelos, semana tras semana, año tras año, década tras década.

En las bancas laterales algunas señoras se refrescaban con la filigrana incesante de sus abanicos de sándalo. El vientecillo movía levemente sus aretes de coral y despedía aromas a limón silvestre. Recordaban el Paraíso y la inocencia de las cosas buenas y necesarias en este mundo. Los niños apostaban volados de dos cobres con el barquillero que cargaba una lata verde. Sobre la tapa había una especie de ruleta con números pintados y una flecha giratoria. Podía caer en el quince o en el cero. Los ganadores comían varios barquillos sin gran gusto y empuñaban los restantes, eran unas espadas con las que emprendían contiendas acrobáticas, duelos para defender el Puerto de algún asalto pirata de los que se conservaba una lejana memoria.

Por fin, Leticia regresó acabada de bañar y fingiendo displicencia; parecía un níspero engarzado en plata. Sin elegir ningún grupo, le hizo un breve saludo a su prima, que había llegado antes, y se mantuvo dudosa entre integrarse a una rueda o irse. Desde lejos, él advirtió ese titubeo e, incapaz de pensarlo dos veces, de cuatro zancadas se le paró delante y le propuso matrimonio. Ella lo sembró sorprendida creyéndolo un loco o un impertinente. No se dignó responder palabra y dándole la espalda lo dejó sembrado en las baldosas blancas y negras.

Durante los siguientes días ni siquiera sintió curiosidad por ese cortejador suyo vestido con traje de lino blanco, impecablemente a la moda, que había venido de Yucatán. Tenía ojeras profundas, el cabello alisado a fuerza de vaselina y rostro redondo que no se parecía al de Robert Anderson. Parecía un Robert Young con ojos castaños y tiernos como el otoño que cosecha semillas. Algo en su persona revelaba una pureza difícil de encontrar. Y sin embargo nadie lo hubiera tomado por un tonto o un inhábil. Su nobleza revelaba una inteligencia vivaz y una fuerza interna que no concordaba con su espalda estrecha y su tórax ligeramente curvo, de hombre que en la infancia había sufrido los embates de asma por el clima tropical. Su cualidad más sobresaliente durante esos días era la perseverancia que lo llevó a emprender un acoso sin cuartel. Leticia despertaba con la buena nueva de un ramo de flores; al atardecer recibía bombones, libros con historias de corsarios a los que era tan afecta, o merengues de la pastelería Colón que se deshacían en la boca como un suspiro; en las noches, serenatas de cinco canciones, y cartas a cualquier hora. Desde la misma azotea, donde Rutilio había visto las nubes, matado zopilotes y contemplado el trajín de los barcos que embarcaban y desembarcaban mercancías durante

horas; desde la misma azotea donde se veían las naves atracadas en el muelle con sus banderas ondeando a la brisa, sostenidas sobre el manto inmensamente azul del Golfo extendido hacia Cuba, Leticia leía aquellas cartas. Le divertían sus alabanzas, sus ardores, sus desconuelos; pero ni las alabanzas, los ardores ni los desconuelos la conmovían. Con su impredecible dedo índice iba recorriendo las letras, descifraba las mayúsculas garigoleadas, la lealtad de las consonantes, la decisión de las vocales, la soltura del brazo que había trazado una caligrafía bien educada y, luego, como si asumiera una tarea complicadísima, doblaba cuidadosamente el papel membretado y lo rompía en pedacitos que dejaba sobre la palma de su mano extendida para que el aire marino se encargara de dispersarlos y remontarlos a las alturas.

Parado en la acera o en la diagonal de la esquina, él la vio muchas veces entregada a su afán demoledor demostrándole que el temple de una mujer hermosa podía ser de piedra múcar, inmune a las cuarteaduras. Pero estaba tan enamorado que aquellos desdenes no lo desalentaban.

Los presentaron formalmente durante una colecta de la Cruz Roja. Él llevaba días anhelando ese momento que le provocaba ahogos. Ella se mostró coquetamente desenvuelta y dueña de sí misma. Lo repasó de cabeza a pies y no tuvo el menor empacho al decir que probablemente lo había conocido en alguna parte. Divertida, le extendió una lata blanca con una crucecita dibujada y le preguntó retadoramente si eran espléndidos los fuereños. Sin dejar de mirarla arrobado, él sacó su cartera y procuró sin conseguirlo llenar la alcancía hasta el tope. Ella se lo agradeció asegurándole que jamás hubiera aceptado menos y se fue a entregar los donativos al comité organizador.

A las once, las notas inundaron su banquetta. Treparon el balcón, se metieron bajo la puerta y turbaron los sueños que Leticia había conciliado. Viviré para ti, nada más para ti, decía la canción. Viviré para ti, nada más para ti mientras viva, y entre sus sábanas Leticia se preguntaba cuán larga sería esa vida. Pasaron meses sin que el galán regateara obsequios ni pusiera freno a su desbordante interés amoroso que los desocupados porteños acabaron notando, hasta el punto de querer adelantarse a la providencia. Hicieron apuestas cinco por uno a que Leticia Rosas del Castillo no correspondiera las solicitudes de su tenaz enamorado, cuyas reservas de obstinación parecían pozos petroleros, minas del Potosí y que, con todo, no llenaban los requisitos a que ella se creía merecedora.

Atenta, halagada hondamente, Leticia no hubiera permitido que se apagara esa hoguera. La avivaba con saludos

rápidos llenos de frases intrascendentes, o con sonrisas furtivas, que él tomaba por revelaciones del Eclesiastés o como las rutilaciones de una estrella. En tanto, entre los amigos se hacían cuchufletas y apuestas cruzadas que volaban y se reproducían del Parque Ciriaco Vázquez al Gutiérrez Zamora.

En los rugidos de un norte tremebundo que había empezado hacia la madrugada azotando postigos e invadiendo la población con una ferocidad sañuda bajo la que sucumbían las crestas de las palmeras y los cables de la luz, Leticia se asomó a la ventana sólo para comprobar que él permanecía en la calle desafiando el furor de la naturaleza misma.

Veracruz era una ciudad dismantelada y sin murallas, pero él se mantenía en su sitio imitando al firme guardián de una reina. Se detenía el sombrero con una mano; con la otra, las solapas dobladas contra el pecho. Una palidez más perlúcida que de costumbre lo convertía en un ser conmovedor que despertaba ternura.

Por la madrugada, el huracán se fue a la manera de un mal sueño que desaparece dejando un hueco. Leticia decidió interpelar a ese cortejador porfiado. Quería desilusionarlo, pedirle que ya no la molestara. No se proponía ser grosera o descortés, simplemente empezaba a sentir la culpa que despierta la no correspondencia. Le agradeció sus innumerables atenciones y de la manera más encarecida y gentil le aconsejó que por su beneficio retomara el camino que lo había llevado a Veracruz desde el sureste, pues a Leticia Rosas del Castillo no le gustaban los jovencitos hijos de familia, sino los hombres maduros que le recordaban a Rutilio, su respetable tutor. Y no iba a entablar noviazgos bobos ni a embarcarse en lanchitas si podía abordar trasatlánticos. Finalmente, derrumbaba sus esperanzas y le rogaba dejarla tranquila.

Sin responderle, él escuchó ese pequeño discurso, la primera conversación hilada que sostenían, y aparentando resignación le arrancó una promesa de fácil cumplimiento. En pago de incontables devociones, la hizo jurar que nunca bailaría con otro enamorado "Viviré para ti". Leticia aceptó el pacto entre fastidiada y conmovida, aunque la canción era un éxito radiofónico y la tocaban frecuentemente todas las orquestas del rumbo.

Al cabo de esa entrevista él desapareció de la escena, cualquiera diría que se lo habían tragado los médanos. No se paraba por el Club Regatas, el Sporting ni por el resto-rán Prendes. No se sentaba en los portales ni acudía a las reuniones de la plaza. Nadie daba noticias suyas. ¿Pero quién entiende a las mujeres? Leticia preguntaba por él y en todas partes lo buscaba. Se daba cuenta de que algo raro había

sucedido, el sol no brillaba tanto y los atardeceres comenzaban a ser tan monótonos como los de sus días escolares aprendiendo mecanografía bajo las enseñanzas de sor Edelmira o bordando interminables manteles bajo las críticas severas de sor Felipa, que no permitía una puntada más grande que otra.

Sin embargo, en Veracruz las tristezas y las actitudes cavilantes son efímeras. Los preparativos para el baile anual del Círculo Español fundado en 1864 cambiaron el pesar de Leticia en un entusiasmo expectante. Fue a La Galatea. Los figurines recién traídos por el correo la decidieron y compró algunos metros de lamé dorado. Sería el material perfecto para un vestido ceñido en las caderas de profundo escote y espalda descubierta que puesto en ella no se vería vulgar sino sofisticado. En El Capricho encontró zapatos de altas plataformas. Antes de salir le quitó al piano un mantón de Manila con crisantemos amarillos y dalias moradas, lo utilizó como tapado y se dispuso a llegar triunfante.

Sus pasos firmes caminaron el vestíbulo, subieron la escalera de dos brazos iluminada por unas figurillas de bronce con dos flamas en alto, semejantes a la Estatua de la Libertad. Sus pasos cadenciosos no repararon en el plafón de madera calada caribeño-morisco, en el escudo con las armas de Carlos V que había en el descanso. Se detuvieron un instante para mirarse con aprobación, para felicitarse por haber dejado atrás la niñez, se reconfortaron al apreciar su lindura ante el espejo veneciano rematado por unos cupidos revoloteantes y mofletudos. Recorrieron la alfombra persa, se suavizaron apenas bajo los refrescantes ventiladores con aspas de madera, pasaron la biblioteca, el pasillo, y entraron al gran salón presidido por un retrato de Isabel II mostrando la agresividad de su prognatismo Habsburgo y señalando con el índice un cojín donde reposaban corona y cetro. Sin fijarse demasiado en la protocolaria señora, Leticia entró de lleno a la felicidad de la fiesta. Muy cerca tocaba una orquesta de treinta integrantes. La dirigía Agustín Lara cuya delgadez de asceta y cara partida por una puñalada asesina eran de todos conocidas.

Las parejas se apretaban al son de danzones y boleros. Leticia se mantuvo dentro de un grupo de amigos que ya celebraban a su prima y se la disputaban como pareja. Al rato, el cónsul norteamericano, un joven atlético y deportista, le pidió a Leticia que le hiciera el honor de concederle la siguiente pieza. Hubiera aceptado halagada si en ese momento no sonaran los primeros acordes de "Viviré para ti". Esperaron la selección siguiente. "Viviré para ti" se escuchó una vez y diez veces más. La voz de Toña la Negra repetía para ti

con la sensualidad del trópico y la selva, del clavo y la canela, en cadencias salidas del bambú, la clave y las maracas, de hojas azotadas por el vendaval, del rayo de luna sobre el mar. Era un huelle de noche aromático e irresistible, viviré para ti, nada más para ti mientras viva. Y desoyendo las protestas de los asistentes que pedían otra selección, Lara aceptaba los billetes que metía en su bolsa un muchacho apremiante. El salón entero veía a Leticia esperando que cayera en el embeleso de la pasión correspondida y ella no claudicaba fácilmente. Esos enaltecimientos la convertían en la mujer más bella sobre la tierra y, envanecida, disfrutando el momento, deseando que nunca terminara, se abandonó al esplendor del homenaje que le tributaban, tanto que ni siquiera él podía compartir aquella centelleante sensación de triunfo. Y sin despedirse de su prima desanduvo las tres cuerdas que la separaban de su casa.

Con variantes de poca importancia, la misma escena ocurrió en la Lonja Mercantil, en las tardeadas de Villa del mar o en otras celebraciones bailables. Leticia mantenía su palabra y se quedaba sentada cuando los instrumentos de las grandes orquestas hacían sonar sus cuerdas y metales y tocaban "Viviré para ti" siete veces seguidas, mientras a su cortejante se le acababa el dinero dando propinas en medio de las peticiones generalizadas de que se tocara otra cosa.

Sorpresivamente, Leticia desapareció a su vez del recorrido nocturno por el malecón, los paseos sabatinos y los oficios religiosos domingueros. Una mañana no pudo levantarse de su cama víctima de un terrible decaimiento. Tenía una fiebre altísima y ronchas que le cubrían todo el cuerpo. Tras largas cavilaciones, los médicos dictaminaron que se trataba de un sarampión fulminante, peligrosísimo en una persona adulta. Recetaron algunos remedios; pero no se mostraban muy optimistas. Había que esperar los caprichos de la epidemia y encomendarse a Dios. Leticia entró entonces en una especie de delirio. La fiebre le subía y la sumió en un sopor espeso cuarenta días y cuarenta noches. Por sus imaginaciones distorsionadas desfilaron parientes y amigos. Alrededor de su cama surgieron su madre apenas recordada, sor Felipa y sor Edelmira dándole alguna orden, Concha del Toro y Adoración Cervantes sin haber sido tocadas por el tiempo, su tía Sara bordando sin parar, prisionera de sí misma en una casa enorme, Arturo Elías y José Castelló discutiendo sobre cuestiones de alta teología; comparecieron, como en un desfile, las artistas y actores de las revistas que leía y hasta las imágenes sangrientas de Lorenzo Jácome y Nicolás Grammont enfurecidos y blandiendo sus armas. Aparecieron con más claridad, porque estaban junto, su

tío Rutilio que la miraba preocupadísimo, sus tías Pilar y Rosario que proponían remedios caseros, su prima que lloraba y aun así era tranquila como la playa. Ahí estaba él perfilado con mayor realismo, dueño de una existencia concreta, tangible, después de haberle pedido a toda la familia que lo dejara entrar. Ahí estaba sentado en una silla, sin miedo a contagiarse, ofreciéndole a traguitos té de borraja, pasándole gasas húmedas sobre los labios tumefactos, acariciándole el pelo sudoroso, viendo feliz cómo entreabría las pestañas y tardaba en reconocerlo. Ahí estaba él ofreciéndole un anillo de compromiso que ella aceptó sin poder hablar, estirando la mano para que se lo pusiera en el dedo.

Ya no hubo titubeos. A pesar de la persecución religiosa, que el gobierno había emprendido y que acababa de amainar, la boda se realizaría en la Parroquia —esa iglesia sin mucho chiste que ha permanecido igual de sosa y desmantelada por los siglos de los siglos amén—. Se convocaba a las doce del día, con tapete rojo tendido desde el altar hasta la puerta, y macetones de azucenas y margaritas a lo largo de la nave. Contra cualquier costumbre previsible, incluso los que no eran invitados o no cabían ya dentro llegaron puntuales al café de enfrente, para atender la ceremonia. En su traje hecho con piel de ángel Leticia simulaba un alcastraz invertido, algo precioso y frágil en brazos de Rutilio; pero nadie escuchaba los fragorosos acordes nupciales porque Leticia se quedó en la puerta una eternidad. Esperaba al novio y el novio no llegaba.

Nuevamente corrieron apuestas entre empleados de correos, estibadores del muelle, clientes del mercado, pescadores que desescamaban huachinanguitos frescos. Todos decían que aquello era una venganza ganada a pulso por tantos desplantes y menosprecios.

Aunque estaba forjado en la disciplina castrense, Rutilio apenas contenía su inquietud. Cada dos segundos observaba a Leticia, descubría su cara compungida bajo los tules virginales, y la instaba a retirarse para evitar más comentarios. Ella fingía no oírlo, no cambiaba postura ni se movía un centímetro. No sentía el calor bochomoso, el correr de los instantes, el transcurrir de los minutos, la fatiga de casi una hora. No atendía los formidables gritos callejeros asegurándole que la habían plantado casi delante del cura porque la pasión de un hombre es cosa sagrada de la que ninguna mujer debe burlarse. Y cuando se pensaba que la venganza había triunfado, cuando Leticia desfallecía a punto de soltar el llanto, él llegó apoyado en su padre que lo ayudaba a sostenerse. Un manto de manchas rojas le cubría todas las partes visibles del cuerpo y un ramito de azahar le adornaba la solapa. ♦